
RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

BARRAGÁN MUÑOZ, Juan Manuel (2003): *Medio ambiente y desarrollo en áreas litorales. Introducción a la planificación y gestión integradas*. Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz, 302 pp.

Como señala en el prólogo John R. Clark, las zonas costeras tienen recursos de inmenso valor para la humanidad y aunque «muchos países tienen programas orientados a la conservación de los recursos costeros terrestres o marinos, sólo unos pocos países tratan a ambos de manera conjunta en un marco unificado». Estos programas de gestión integrada añaden prosperidad económica y social a las comunidades costeras y pueden colaborar en el mantenimiento de la biodiversidad y garantizar la sustentabilidad económica de los recursos costeros y el disfrute de las personas que visitan la costa.

Barragán Muñoz se marca como objetivo principal abordar la relación entre el medio ambiente y el desarrollo en las áreas litorales a partir de las posibilidades que ofrece la planificación y gestión integradas, tratando de trasladar al lector «la inquietud y necesidad que existe de intervenir con más racionalidad en ambientes de esta naturaleza y características» por el «coste ambiental del modelo tradicional de desarrollo económico, concentración de la población mundial en las áreas litorales, localización de abundantes recursos naturales, complejidad y fragilidad de ciertos ecosistemas, reciente e incompleto conocimiento científico de algunos fenómenos, inusual concurrencia administrativa, especial carácter jurídico de la franja intermareal y adyacente, creciente preocupación de la sociedad por el medio marino y, sobre todo, el desafío que supone la aceptación del paradigma del desarrollo sostenible».

La obra se divide en dos grandes bloques. El primero analiza geográficamente las áreas litorales (capítulos 1 a 5) y el segundo se centra en la planificación y gestión integradas de las áreas litorales (capítulos 6 a 10).

En el primer bloque, Barragán Muñoz revisa las áreas litorales teniendo en cuenta los aspectos físicos, sociales, económicos, jurídicos y administrativos necesarios para un diagnóstico y posterior planificación. Algunos datos justifican la importancia de estas zonas a nivel mundial: 587.000 km de costa, 60% de la población vive a menos de 60 km de la misma, 977 áreas costeras y marinas protegidas, biodiversidad, paisajes, pesca, turismo, tráfico portuario, etc., y justifican el constante incremento de normativa jurídico-administrativa en numerosos países aunque es aún insuficiente para acabar con los problemas de las áreas litorales incluso en los más desarrollados.

En el segundo bloque, Juan Manuel Barragán estudia ampliamente la Planificación y Gestión Integradas de las Áreas Litorales (PGIAL) desde enfoques formales, metodológicos, estratégicos, operativo-instrumentales y técnicos, parcialmente presentes en la legislación de los países desarrollados desde fines de los años sesenta del siglo XX. Los objetivos principales de la PGIAL son favorecer el desarrollo sostenible, conservar, proteger y mantener la calidad del medio natural y cultural y recuperar espacios, recursos y hábitat de interés,

lográndose únicamente con una equidad social, compatibilidad ecológica, viabilidad económica, coherencia espacial y permanencia en el tiempo de los recursos.

Barragán analiza los distintos modelos de planificación aplicados en las últimas décadas: sectorial (enfoque economicista), ambiental e integrado a través de los Planes de Puertos, de Ordenación de Recursos Naturales y de Gestión Integrada de Zonas Costeras, constatando que la PGIAL aún está en proceso de implantación al ir sustituyendo el enfoque integrado al ambientalista en los últimos años en los países más avanzados mientras en los en vías de desarrollo pervive el desarrollista o ambientalista.

Tras un detenido repaso a las distintas etapas de planificación y gestión, Barragán analiza la necesaria cooperación y coordinación entre las distintas administraciones, la amplia información necesaria y difusión de la misma entre los planificadores y afectados para que estos últimos tomen conciencia de la problemática y participen en las distintas fases de la PGIAL. Asimismo, revisa las operaciones e instrumentos de cada fase: normativa, reparto de competencias, instrumentos reglamentarios, económicos, ambientales, sectoriales, etc., finalizando con un análisis de los aspectos técnicos: información (inventarios de recursos, aplicación de SIG), evaluación y diagnóstico (Evaluación de Impacto Ambiental, de la Capacidad de Carga o de Impacto Territorial, de riesgos o amenazas, de Impacto Social, etc.) y con consejos sobre zonificación del espacio a planificar y buenas prácticas para llevarla a cabo.

Tras estos dos bloques temáticos, Barragán incorpora un tercer apartado con la bibliografía habitual más 66 breves resúmenes de otros tantos trabajos recientes sobre la materia (tanto de carácter científico como planificador) y un glosario que ayuda a entender la terminología empleada a lo largo de la obra. Asimismo, los numerosos cuadros y gráficos sintetizan muy adecuadamente el contenido.

En conclusión, estamos ante un excelente trabajo sobre un tema que no contaba con muchos estudios precedentes en España y que puede, según J.R. Clark, ayudar a los planificadores y gestores en países de todo el mundo. Creemos que en el ámbito español es una obra de notable interés para los geógrafos que imparten docencia sobre ordenación del territorio, a los que quieran aplicar estos modelos a investigaciones concretas sobre cualquier zona costera y a los que participen profesionalmente en la elaboración de planes de desarrollo de áreas litorales.

Francisco Feo Parrondo
Universidad Autónoma de Madrid

MATA OLMO, Rafael y SANZ HERRÁIZ, Concepción (dirs.) et al. (2003): *Atlas de los Paisajes de España*, Ministerio de Medio Ambiente, Madrid, 683 pp. + CD. Además de los directores, ya citados, han participado en la elaboración de este Atlas Fernando Allende Alvarez, Luis Galiana Martín, Josefina Gómez Mendoza, Nieves López Estébanez y Pedro Molina Holgado. Han colaborado en el mismo Eduardo Martínez de Pisón y Nicolás Ortega Cantero.

ESTUDIO Y TIPIFICACIÓN DE LOS PAISAJES DE ESPAÑA

Cinco años después de la suscripción del convenio entre la Secretaría de Estado de Aguas y Costas del Ministerio de Medio Ambiente y el Departamento de Geografía de la Universidad Autónoma de Madrid, en virtud del cual se posibilitó la realización de un Proyecto de cooperación transnacional para «caracterizar e identificar los paisajes de la Península Ibérica e islas», se publicó el *Atlas de los Paisajes de España*, producto final y resultado a que condujo el proyecto mencionado, y obra que ahora gustosamente reseñamos. Tal y como se recoge en sus páginas metodológicas, y haciéndose eco de lo formulado en el apartado 2.2. del convenio antes apuntado, este trabajo se planteó con el objetivo expreso de «identificar y caracterizar los distintos paisajes de España y desarrollar una taxonomía escalar, a través de la agregación en unidades más grandes que permitieran una visión sintética del territorio español mediante su representación cartográfica...desde la perspectiva de ordenación del territorio» (pg. 56).

Estamos ante una auténtica, y nunca mejor dicho, «Geografía del Paisaje», en este caso del paisaje de España. Y ello tanto por su acento y fundamento teórico y metodológico (se hace especial hincapié en la dimensión «integradora»; por otra parte, la colaboración del profesor Martínez de Pisón, al igual que el capítulo dedicado a los aspectos metodológicos, constituyen buena muestra de ello), como por su minucioso, exhaustivo, prolijo y detallado esquema-inventario tipológico que recoge la diversidad paisajística del territorio (un auténtico «catálogo» formado por 1.263 paisajes, reunidos en 116 tipos y en 34 asociaciones de tipos), y por el recorrido y explicaciones que contiene.

Es innovador, sobre todo porque hasta ahora no se había abordado con este nivel de detalle un estudio y trabajo de tales dimensiones, ni con tan puntual precisión. Es, por otro lado, una obra geográfica al cien por cien, por cuanto además de que el paisaje —objetivo central— es igualmente un concepto eminentemente ligado a la Geografía, y de que está hecho por geógrafos, es también una demostración de otro de los instrumentos básicos del análisis geográfico: las escalas. La taxonomía resultante («asociaciones de tipos de paisajes», «tipos de paisajes» y «unidades de paisaje» o paisajes propiamente dichos, como nivel más elemental), perfecto ejercicio geográfico y de integración, es la mejor prueba de todo ello.

Resalta, por otro lado, a lo largo de sus más de 600 páginas y de sus enriquecedoras descripciones, la acendrada tradición que sobre los estudios de paisaje imprimen sus directores. No es en absoluto baladí constatar que la experiencia que ellos y algunos de los autores y colaboradores de este trabajo han ido adquiriendo sobre la interpretación y el análisis del paisaje ha sido un importantísimo valor añadido que da solidez a este análisis (los cursos y seminarios específicos que buena parte de ellos han impartido a este respecto en sucesivas

ediciones, patrocinados por la Fundación Duques de Soria y plasmados en sucesivas publicaciones, constituyen la prueba más fehaciente de estas afirmaciones).

Se abre esta obra con dos colaboraciones iniciales firmadas por los profesores Martínez de Pisón («El paisaje de España») y Ortega Cantero («La imagen literaria del paisaje de España»). En la primera se hace una presentación genérica, sintética y muy expresiva de la diversidad paisajística de España, de su diferenciación y su configuración, todo lo cual, a juicio de quien lo firma, se apoya en cuatro pilares básicos: el estructural, el escalar, el evolutivo-temporal y el cultural. Diversidad que organiza a partir de dos grandes conjuntos: las que él denomina «modulaciones de los paisajes naturales», que se concretan en una serie de tipos principales en que pueden agruparse las grandes unidades naturales (principales montañas peninsulares, valles periféricos a la Meseta, llanuras interiores, el ámbito litoral y los dos archipiélagos) y las «modulaciones humanas».

Por su parte, las aproximaciones «entre las visiones del paisaje respectivamente procedentes de la Geografía y de la literatura» son el principio que guían las páginas redactadas por Nicolás Ortega. El que en su momento el profesor Martínez de Pisón llamase «mapa literario de España» (1998) es el referente que toma el profesor Ortega para analizar algunas de las aportaciones que han participado de modo más señalado en la elaboración del mismo. Es así como la imagen del paisaje proporcionada por el romanticismo, en su doble vertiente pictórica y literaria, al igual que la aportación de la generación del 98 y la posterior del veintisiete, completadas con ejemplos más contemporáneos (como Julio Llamazares), constituyen los hilos conductores de esta reflexión de amplio calado cultural.

A estas dos primeras aportaciones le sucede el *Atlas* propiamente dicho. Los cuatro capítulos en que se organiza parten de una exposición de la metodología utilizada y aplicada en la realización del mismo y se continúan con el análisis detallado de las asociaciones de tipos de paisaje, de los tipos de paisaje y de los ejemplos que de éstos se estudian con más detenimiento (112 casos). Y todo ello acompañado de una detallada cartografía que, en el caso de las «asociaciones de tipos de paisajes», se ofrece en once láminas ordenadas geográficamente en bandas que, desde el norte al sur de España, se suceden a modo de «barridos» efectuados desde el oeste hacia el este, mientras que en el de los «tipos de paisajes», usando el mismo criterio, reúne 55 láminas que se corresponden con idéntico número de cuadrículas en que ha sido dividido el territorio español y donde el cromatismo se vuelve más complejo y diverso, como corresponde al mayor detalle escalar y de precisión con que se efectúa el análisis a este segundo nivel de integración.

De igual modo el importante y representativo aparato fotográfico que inunda el Atlas se resuelve elemento imprescindible en el recorrido e interpretación del paisaje español que ofrece la obra, un elemento realmente enriquecedor y tan pleno de expresividad que facilita la lectura y comprensión visual de la diversidad paisajística del territorio español y que ayuda a distinguir sus tipos a partir de referencias tan básicas y selectivas como el color, las texturas, las formas, las luces, etc. El detallado recorrido por tan denso mosaico educa, aún más, la vista del geógrafo en la identificación y distinción de los paisajes, resolviéndose este sentido, el visual, como un verdadero instrumento más de trabajo y análisis. Y es además de agradecer, lo cual refuerza más aún el valor de esta obra, que este archivo fotográfico, producto muy seguramente de una cuidadosa y discutida labor de selección a partir de una ingente cantidad de fotografías obtenidas, sea producto personal (no hay más que leer la

autoría de las 913 fotografías que ilustran los capítulos dos —115—, tres —462— y cuatro —336—), es decir, producto del propio trabajo de campo realizado por los autores y que se adivina e intuye en toda la publicación como auténtico valor añadido. Las horas que el trabajo de campo, el recorrido por los distintos tipos de paisaje analizados y el trabajo que hay oculto tras toda esta abrumadora información que se ofrece, constituyen la piedra de toque sobre la que se ha desarrollado este estudio; y sólo, realmente, los autores lo saben, mientras somos los lectores los que disfrutamos del resultado de tan arduo esfuerzo.

Destaca en toda la obra, asimismo, la concepción integradora del paisaje. Los niveles taxonómicos (diferentes niveles de integración escalar), así como el mismo sentido, lectura e interpretación que se otorga a cada uno de ellos (donde se amalgaman e imbrican las que Martínez de Pisón denominaba modulaciones naturales y modulaciones humanas) en el estudio detallado de asociaciones, tipos y unidades así parecen evidenciarlo. Y sobresale, igualmente, que todo ello se haga e inserte a partir de y en un contexto conceptual e interpretativo del paisaje como el que traza la *Convención Europea del Paisaje* (Florencia, octubre de 2000): el paisaje entendido como patrimonio ambiental y cultural, como seña de identidad territorial, como elemento de calidad de vida. Tal es el sentido que proyecta el pormenorizado recorrido analítico de los paisajes de España que efectúa esta publicación. Precisamente esa concepción integradora a la que antes hacía referencia es la que otorga también la Convención al paisaje, concibiéndolo —como acertadamente se subraya en el prólogo del Atlas— «como concepto integrador en las políticas de medio ambiente, de planificación y de ordenación del territorio».

Y este Atlas es, por otro lado, un proyecto realizado a partir de una metodología que se apoya en algunas experiencias llevadas a cabo en Europa en relación con la caracterización de paisajes. Los autores citan, en este sentido, la *European Landscapes* (EEA, 1998), las propuestas del *Informe Dobris* (AEMA, 1998), determinados atlas temáticos (como el de Gadant, de 1994, sobre los bosques; o el de Brunet, de 1994 también, sobre los espacios rurales), el *National Atlas of Sweden* (Helmfrid, 1994) —especialmente su tomo «Landscape and Settlements»—, la obra *Regional Distribution of Landscape Types in Slovenia* (Marusic, 1998) o el estudio *The character of England: landscape, wildlife and natural features* (Countryside Commission, 1998). No está de más que recordemos, a este respecto, que bien es sabido el hecho de que la propia Geografía española, desde los años ochenta, avanzó en los estudios de paisaje a partir de principios y esquemas metodológicos como los auspiciados por la escuela francesa de Toulouse (representada fundamentalmente por los trabajos de Georges Bertrand), de notable influencia en algunas universidades españolas; y que la misma Ecología (agrupada en torno a uno de sus máximos representantes como fue el profesor González Bernáldez) y la Biogeografía (muy directamente guiada por los métodos fitosociológicos) constituyeron, de igual manera, un contexto de apoyo, interrelación e inspiración bastante notable.

Sin embargo, en este Atlas, el estudio e interpretación de los paisajes de España se efectúa de un modo más directo, más marcadamente geográfico y claramente integrador, muy en estrecha relación con la localización y con el territorio en que se insertan las unidades de paisaje, las cuales son más sencilla y expresivamente denominadas a partir de estas referencias de base. Precisamente en este mismo sentido, en el Atlas sobresale la dimensión o contexto regional en que son concebidos los tipos de paisaje distinguidos, contexto que se

hace sobradamente explícito en la propia denominación de los mismos, subrayando esa clara vinculación locacional a la que antes aludimos y que contribuye a su identificación (por ejemplo: «Rasas cantábricas»; «Cuencas murcianas»; «Campiñas de la Meseta Norte»; o «Rampas, barrancos y valles canarios»), la cual se combina, como los propios autores destacan en su capítulo metodológico, con otros criterios entre los que se destacan los elementos del relieve. En esta misma línea sobresale, igualmente, la riqueza toponímica y la pluralidad terminológica y conceptual que se vuelca en este trabajo y que acompaña la descripción e interpretación de los tipos de paisajes, la cual es directo resultado de la diversidad «cultural» que subyace en la construcción y modelación de los mismos y refuerza todavía más esa directa ligazón e inserción de éstos con y en el territorio. Chaos; riveros; holgones; ruedos; campos (del sureste ibérico, aunque también presente como topónimo específico en otras áreas); vales (en Aragón); encoros; bocarribeiras; socialcos; fraga; ferverza; marinas; alfacs; masadas; majadas; vera y almajales; estanyol y estany; serra y pla; cingles, turons, cerros y puigs; llocs; estalons y roters; roques, rampas y medianías; sorribas, corralejos y nateros; o las diferencias entre los términos «garganta» y «desfiladero». Términos, todos ellos, que son sobrado botón de muestra de la riqueza y diversidad con que el conocimiento e interpretación locales y regionales identifica y define a los paisajes. También son ejemplo significativo de la dedicación y del esfuerzo más ocultos de los autores (que ya antes apuntábamos), concretados en horas y horas de trabajo de campo y de lecturas de trabajos y publicaciones sobre los tipos de paisaje estudiados, que han presidido la realización de este Atlas.

Cierra el mismo un capítulo dedicado a los ejemplos de paisaje en España. Es éste una verdadera síntesis didáctica e ilustrativa de los paisajes que se toman como ejemplo de todos los que se han identificado. Síntesis que se presenta, de forma muy acertada, a través de una ficha de formato común a los 112 casos estudiados. Ésta se estructura en un primer apartado donde se explica la organización del paisaje («que trata de aquellos elementos y procesos de mayor capacidad explicativa de la forma y el carácter del paisaje, y de sus relaciones»), un segundo centrado en la dinámica del paisaje («se pretende conocer hacia dónde va el paisaje y cuáles son las claves de su más reciente evolución»), uno tercero en el que se refleja la percepción visual del paisaje y un apartado final en que se sintetizan los valores ecológicos, culturales y perceptivos. Acompaña, finalmente, a esta ficha una «imagen cultural» de cada uno de estos paisajes representativos. Tal imagen se apoya en una recopilación selectiva de textos que recorren y retratan con pluma bella y ágil la diversidad paisajística de España: el «paisaje en la palabra», de la mano de fragmentos de obras de autores clásicos y contemporáneos (como Otero Pedrayo, Verdaguer, Bécquer, Ridruejo, Quadrado, Unamuno, Azorín, Urabáyen, Ponz, Plá, Jovellanos, Larra, Gil y Carrasco, Cela, Goytisolo, Guillén, Machado, García Nieto, Miguel Hernández, Muñoz Rojas, Blasco Ibáñez o Maragall), de autores extranjeros (Willkomm, Mackay, Sermet, Jessen, Gautier, Mackenzie, Townsed, Irving, Víctor Hugo, Christ, Stone) y de geógrafos y otros científicos renombrados (Solé Sabarís, Deffontaines, Brunhes, Lautensach, Terán, Mallada, Cavanilles, Cabo Alonso, Hernández Pacheco, Dantín Cereceda, López Gómez, Martín Galindo y Martínez de Pisón), acompañados, asimismo, por el testimonio de acendradas y aquilatadas fuentes como la que representa el Diccionario de Madoz.

Una obra, en suma, que es de consulta básica; una fuente de referencia fundamental para el estudio del paisaje en España y una aportación altamente enriquecedora de la Geografía

española cuyo nivel de detalle y precisión en la interpretación del plural y abigarrado entramado paisajístico del territorio español están magistralmente descritos y redactados en sus páginas, entrelazando cuidadosamente localizaciones con formas, estructuras, modos de ocupación y gestión y tendencias evolutivas. Una obra, en definitiva, completa y que, editada por el Ministerio de Medio Ambiente, representa una valiosísima aportación a la sociedad (no ya sólo para nuestro propio colectivo profesional) del quehacer de la Geografía y de su utilidad y proyección social y científica.

Juan Ignacio Plaza Gutiérrez
Universidad de Salamanca

MOLTÓ MANTERO, Enrique (2003): *Agricultura a título parcial en la Montaña de Alicante*; Publicaciones de la Universidad de Alicante (MG-Monografías), 297 pp.

UN ENSAYO SOBRE LA AGRICULTURA A TIEMPO PARCIAL EN ZONA DE MONTAÑA

El libro que ahora reseñamos constituye la publicación de la Memoria de Licenciatura del autor, Enrique Moltó Mantero, defendida en junio del año 2001 en la Universidad de Alicante. Enrique Moltó, que es profesor asociado del Departamento de Análisis Geográfico Regional y Geografía Física de la Universidad de Alicante desde 1999 y Experto Universitario en Desarrollo Local en el año 2000, pertenece a una generación de geógrafos (como sus compañeros Torres Alfosea, Hernández Hernández o Baños Castiñeira) que no por más reciente carece de una base investigadora. Todo lo contrario, pues guiado a su vez por el buen hacer de catedráticos más jóvenes de este estudio alicantino (como los profesores Olcina Cantos y Rico Amorós, con los que igualmente trabaja en el Laboratorio de Climatología de la Universidad de Alicante), formados, a su vez, en el magisterio de generaciones anteriores (como el profesor Fernando Vera) y de quienes han sido referentes básicos en la Geografía de la Comunidad Valenciana y española (Antonio Gil Olcina y Alfredo Morales Gil), ha dado muestras ya de una trayectoria experimentada y que ha ido produciendo resultados precisos (él sólo¹ y también en colaboración con la profesora María Hernández², del mismo Departa-

1 Moltó Mantero, E. (1998): «La agricultura a tiempo parcial en 'La Montaña' (Alicante)», en *IX Coloquio de Geografía Rural*, Departamento de Geografía, Prehistoria y Arqueología, Universidad del País Vasco, pp. 139-146; (1999): «Nevadas en la Montaña alcoyana (Alicante). ¿Riesgo climático?», en *La Climatología española en los albores del siglo XXI*, Oikos-Tau, Barcelona, pp. 331-339; (2000): «Grandes nevadas y percepción de las mismas en Alcoi», en *Investigaciones Geográficas*, nº 20, pp. 101-118.

2 Hernández Hernández, M^a y Moltó Mantero, E. (2000a): «La agricultura en la Montaña de Alicante: situación actual y potencial futuro», en *Investigaciones Geográficas*, nº 24, pp. 55-68; (2000b): «Las agriculturas alternativas en la Comunidad Valenciana», en *Actas del X Coloquio de Geografía Rural de España. Los espacios rurales en el cambio de siglo: incertidumbres ante los procesos de globalización y desarrollo*, Universitat de Lleida, pp. 382-389; (2000c): «El paisaje agroforestal como recurso turístico en la Montaña de Alicante», en *II Jornadas sobre Turismo y Medio Ambiente en las Islas Baleares. Evolución turística de la última década y diseño de futuro*, Ed. INESE, pp. 37-44; (2002): «Los equipamientos y los servicios en las nuevas funciones de los espacios rurales. El ejemplo de la Montaña de Alicante», en *Actas del XI Coloquio de Geografía Rural. Los espacios rurales entre*

mento), sobre la montaña alicantina y la actividad agraria en la Comunidad Valenciana y en esta provincia. Precedente, éste, que sin duda alguna le ha servido sobremanera para un más cuidado desarrollo de su memoria de licenciatura y cuya publicación ahora reseñamos.

Tal y como recuerda el autor en su Introducción (pg. 15), «*conviene situar esta monografía en el contexto de los últimos estudios sobre las nuevas posibilidades postproductivistas en el desarrollo rural y de las porpias opciones defendidas por la Política Agrícola Común de la Unión Europea en torno a la pluriactividad en el medio rural y la plurifuncionalidad de la agricultura*». Se presenta, por otro lado, como una obra que maneja perfectamente apoyos teóricos e interpretativos, como más adelante tendremos ocasión de precisar y retomar, pero también apoyos en estudios específicos realizados sobre las áreas de montaña del amplio espacio regional valenciano, de entre los que descuellan los de Cruz Orozco, Hernández Hernández, Martí Marco, Matarredona Coll, o Muñoz Zamora y Estruch.

La publicación se estructura en tres bloques o grandes apartados. El primero es una cuidada y amplia Introducción. En ella procede inicialmente a una revisión, reflexión y aportación de tipo conceptual sobre lo que es la agricultura a título o tiempo parcial (ATP), dando cabida a la pluralidad de definiciones que sobre ella se han dado y explicitando su vinculación con los conceptos de «pluriactividad», «multifuncionalidad» y «desarrollo rural integrado». El esfuerzo y la síntesis que se hacen evidentes ya en esta detallada y enjundiosa Introducción (que no es un simple capítulo inicial y genérico) resaltan a través del bien manejado contraste que Enrique Moltó hace de las distintas aportaciones conceptuales y de los múltiples apoyos teóricos en que se sustenta la complejidad de la definición, interpretación y criterios identificativos (renta y tiempo de trabajo, en relación con la explotación y con las «externalidades» a la misma) de lo que constituye la ATP. Se comparan las consideraciones que sobre la ATP se hacen en Alemania, Reino Unido o Italia, así como otros países de Europa Occidental, con los manejados en España. Y se desgranar las contribuciones que sobre este particular han efectuado autores como Etxezerreta, Arnalte, Olaizola y Manrique, Lamo de Espinosa, Hernández Sancho, Blasco, Cruz Villalón, Castillo Quero, Ceña Delgado o Dan-re Tenreiro. De igual forma se detiene en la precisión y diferenciación que se plantea entre los distintos modos de referirse a una misma definición («a tiempo parcial» o «a título parcial»), recreándolo y enriqueciéndolo mucho más con el concepto de «pluriactividad» más actual y comunmente hoy más usado.

Y también en esta Introducción se efectúa una presentación y delimitación del área geográfica tomada como estudio de caso: la Montaña Alicantina, denominación que, como bien recuerda el autor, «*no ha existido nunca una comarca histórica que agrupara todos estos*

el hoy y el mañana, Departamento de Geografía, Urbanismo y Ordenación del Territorio de la Universidad de Cantabria-AGE, Santander, pp. 657-668.

Moltó Mantero, E. y Hernández Hernández, M^a. (2000a): «La integración del turismo, la agricultura y el medio ambiente en las políticas de desarrollo rural en la Montaña de Alicante», en *II Jornadas sobre Turismo y Medio Ambiente en las Islas Baleares. Evolución turística de la última década y diseño de futuro*, Ed. INESE, pp. 381-388; (2000b): «Las políticas de desarrollo rural. Reflexiones sobre sus resultados en la provincia de Alicante», en *Actas del X Coloquio de Geografía Rural de España. Los espacios rurales en el cambio de siglo: incertidumbres ante los procesos de globalización y desarrollo*, Universitat de Lleida, pp. 679-686; (2002): «Tipología de las áreas de montaña levantinas: propuesta de análisis y delimitación en el contexto de las nuevas funciones de los medios rurales», en *Actas del XI Coloquio de Geografía Rural. Los espacios rurales entre el hoy y el mañana*, Departamento de Geografía, Urbanismo y Ordenación del Territorio de la Universidad de Cantabria-AGE, Santander, pp. 729-738.

municipios y recibiera el nombre de 'Montaña'...*Ha venido generalmente impuesta desde fuera...ante la necesidad de encontrar un nombre que sirviera para definir a un espacio provincial claramente diferenciado del resto*» (pg. 17). Es éste un conjunto formado por 43 municipios y situado en el N.NE. de la provincia alicantina, limítrofe con el sur de Valencia, pero que hacia el oeste-suroeste desdibuja marcadamente su «ruralidad» demográfica y económica (municipios semiurbanos de Muro —que representa el 7,7% de la población comarcal— y Cocentaina —el 11,3%—, junto con la propia ciudad de Alcoy —el municipio concentra el 65%—), lo cual otorga a esta comarca montañosa una singularidad especial, por cuanto estos tres municipios constituyen un eje urbano-industrial específico y dinámico muy diferente al de una agricultura dominante de paisajes aterrazados donde el olivo es su cultivo principal (acompañado también del almendro y de otros frutales), excepción hecha del peso que otra explotación más dimensionada, como es el «mas», adquiere en el municipio alcoyano, hecho que es un verdadero contrapunto y que, en cierto modo, actúa como efecto creador de ciertas distorsiones. Pero la singularidad de esta comarca viene asimismo de la mano de su situación geográfica, pues es un espacio muy próximo a la costa, especialmente en sus ángulos suroriental y meridional (Callosa d'En Sarrià está en línea recta a tan sólo 10 kms. del mar y Relleu a 12).

Constituye un territorio montañoso muy compartimentado por múltiples serretas que le entrecruzan (L'Almudaina, Carrasqueta, Serrella —con sus originales agujas o «frases»—, L'Oro, Xortà) y que hacia el sur, en la Serra d'Aitana, logra sus máximas alturas (1.558 m.), abriéndose entre todas ellas varios valles embalsados en sus cabeceras (Serpis —Pantà de Beniarres—, Guadalest —Pantà de Guadalest—, Ebo o Girona —Pantà d'Isber—) y otros de menor recorrido y más discontinuos (Penàguila, Seta, Bolulla, por ejemplo). Delimitan la comarca en sus bordes occidental y oriental importantes ejes de comunicaciones. Por el oeste es el eje interior que une Xàtiva (Valencia) con Novelda y Elche (Alicante), la N-340, atravesando en su meridiano discurrir las sierras de Benicadell (por el Port d'Albaida) y de la Carrasqueta (por el puerto homónimo); en el este es la carretera, también N-S, que une Oliva (Valencia) con Benidorm, cruzando el Coll de Rates (780 m.), la que festonea la comarca.

Tras este primer bloque introductorio y cargado de contenido y referencias, Enrique Moltó se detiene en el análisis de la metodología y las fuentes utilizadas en su trabajo. Si la pluralidad y las disparidades se hacen explícitas al tratar de adoptar una definición común y aceptada sobre la ATP, el problema se vuelve aún más complejo cuando se quieren precisar las fuentes más propias y adoptadas para estudiar esta forma de agricultura. Por ello, acertadamente, el profesor Moltó repasa y se detiene con cierta precisión, rigor y claridad esquemática para el desarrollo de su trabajo en la metodología con la que abordar y plantear su análisis en la Montaña de Alicante, así como en las fuentes sobre las cuales sustentar toda su investigación.

Constituye ésta una parte muy sintética, muy clara en sus aspectos expositivos, también reflexiva en el sentido crítico y muy ordenada. Define el autor con nitidez las principales fuentes y sus posibilidades de explotación y aporta finalmente sus propias fuentes indirectas adecuadas al trabajo de campo del espacio comarcal que estudia; éstas, por apropiadas y adaptadas al caso, se erigen en apoyo metodológico básico sobre el que sustancia Enrique Moltó el desarrollo de su investigación. Es por ello por lo que, inicialmente, procede a diferenciar las que denomina «fuentes oficiales publicadas con información sobre la ATP»

(bien que contengan información directa —Encuesta del INE del año 1965, Encuesta sobre estructura de las explotaciones agrarias de 1987 y Censos Agrarios de 1972, 1982, 1989 y 1999— o indirecta —«fuentes que, sin contener información estrictamente referida a la agricultura a tiempo parcial, pueden ayudar a calcular, a partir del cruce de sus datos, el índice de ATP de un área determinada» (pg. 55): Censos de Población, Cotización a la Seguridad Social, Declaraciones del IRPF—), de aquellas otras que considera como «fuentes no oficiales y métodos utilizados en el trabajo de campo».

Son éstas últimas las que resultan más innovadoras, pues además efectúa una breve y expresiva recapitulación de los métodos de encuestas y sus valoraciones e incorpora el detallado y minucioso cuestionario que él mismo elaboró. Tales fuentes son el listado de oleicultores de la Cooperativa Agrícola Católica de Cocentaina, que abre múltiples posibilidades de interrelacionar y cuestionar variables partiendo de la producción media de cada socio por campaña, si bien no oculta tampoco sus limitaciones, y facilitando la adopción de establecer un muestreo en orden a tal producción que propiciará la aplicación y validez de la segunda de estas fuentes no oficiales: las encuestas/entrevistas.

El resto de la publicación, el tercer gran bloque, es el desarrollo del tema central de su investigación. Sentadas las bases teóricas, conceptuales y metodológicas, que ya de por sí proporcionan la conclusión parcial de que el autor tiene una idea bastante bien trabada, madura y reflexiva de la investigación que persigue —y pudiendo ser valoradas estas páginas como un serio y profundo ejercicio de gran validez para otros estudios con esta dimensión agraria, al tiempo que como un material precioso para los que orientan su dedicación investigadora en esta línea—, se procede en los tres capítulos siguientes al pleno desarrollo del objetivo central de su investigación.

Para ello se centra primeramente en el esbozo de una tipología de las explotaciones agrarias de la Montaña de Alicante. Y en este proceso Enrique Moltó vuelve a utilizar el método que ya aplicase en parte de los capítulos anteriores, esto es, valorar inicialmente y sintetizar «las diversas tipologías que han empleado otros autores al tratar sobre este tema³» (pg. 75), la ATP, y proceder luego a diseñar su aportación propia, mediante la que pretende reunir toda una amplia gama de situaciones posibles, con todas las causas y efectos que se pueden encontrar en cada una. En este último punto el profesor Moltó retoma (y se apoya en) la metodología resultante de utilizar fuentes innovadoras y específicas como las que antes se apuntaron (listado de oleicultores) y también de manejar variables como el número de UTA's por explotación a escala comarcal según intervalos de extensión del Censo Agrario de 1989. El resultado concluye cinco tipos de situaciones posibles que van desde las explotaciones agrarias a título principal (un 2-5% del total), hasta el «mas», pero dominando entre todas (52,2% del total) las explotaciones a título parcial de fin de semana.

3 Tipologías «conceptuales» (agricultura a tiempo completo, a tiempo parcial, actividad marginal no susceptible de ser admitida como ATP) y tipologías «causales» (las basadas en el origen histórico de la ATP-ATP preindustrial, ATP industrial —muy frecuente en la Montaña de Alicante— y la ATP que deriva de procesos de vuelta a la tierra antiguos y modernos: inversión en tierras, vuelta de los urbanos al campo, etc. ; las propiamente dichas —las que propone Garrido Egado, 1982; la agricultura como «hobby», según Lamo de Espinosa, 1967; o aquellas de las que habla Cabero, 1988 y que recoge igualmente Benito, 1988: el complemento económico o bien también el ocio como causas que impulsan a la ATP—; y las causales en sentido amplio —dentro de las que se incluyen aquellas que consideran, además, la segunda actividad que se ejerce fuera de la explotación—).

El cuarto capítulo, que analiza la ATP en la Montaña de Alicante a través del ejemplo de los oleicultores de la Cooperativa Agrícola Católica de Cocentaina, es el que mayor extensión alcanza dentro de la publicación (139 páginas de las 297 totales). Es éste el núcleo fundamental del trabajo de investigación de Enrique Moltó, verdadero «campo de pruebas» central donde poder demostrar y poner en práctica fuentes, criterios y principios que él mismo ha formulado en los capítulos 1 y 2 y de lo cual ha ido introduciendo resultados parciales como punto de partida en el capítulo 3.

La «piedra de toque» y verdadera esencia argumental y expositiva de este capítulo, y al tiempo casi del trabajo entero, es la explotación e interpretación que hace el autor del instrumento y técnica metodológicos más importante: las encuestas-entrevistas realizadas —minuciosamente detalladas a través de 42 cuestiones preguntadas a los oleicultores—, cuya lectura de sus resultados facilita, sobre todo, información precisa respecto a las causas originales de la situación de ATP y las causas actuales del mantenimiento de la explotación. Aspectos todos ellos que se complementan y precisan más todavía con el análisis previo que Enrique Moltó efectúa de los índices oficiales y reales de ATP en los municipios de la Montaña de Alicante a través de la explotación estadística de los Censos Agrarios de 1972, 1982 y 1989. La conclusión que se extrae de tal proceso analítico es el refuerzo de la estabilidad del fenómeno ATP en los decenios de los setenta y ochenta y la consolidación posterior como resultado de la irrupción en la comarca de nuevas formas de ATP no contempladas en las previsiones iniciales y que se hacen explícitas en los resultados ofrecidos por las encuestas y entrevistas.

Se cierra el trabajo, esta publicación, con un capítulo dedicado a las políticas agrarias y la pluriactividad rural. Ha tenido el acierto Enrique Moltó de hacer de éste un detallado y reflexivo capítulo concluyente, huyendo, de este modo, del convencionalismo de reservar un apartado específico de «conclusiones» y conectándolo muy estrechamente con las dimensiones más amplias hacia las que se abre la práctica y el concepto de la ATP, representadas por las pluriactividad rural (individual, familiar y social) y por los planteamientos y proyectos de desarrollo rural integrado (DRI) promovidos desde las iniciativas europeas (LEADER) que explotan las potencialidad agrarias y extra-agrarias de la Montaña de Alicante. El mérito de este análisis final radica, además, en que las iniciativas propuestas priman las posibilidades que ofrecen los propios recursos y aprovechamientos específicamente agrícolas (sin rehuir el perfil rural de este espacio y evitando de esta manera una artificialización o «banalización» del mismo en que puede caerse en más de una ocasión con la orientación práctica que toman estos programas): el olivo —con el activo papel que ejercen en este terreno las cooperativas SOCAMPA, Agrícola Católica de Cocentaina, la de Gaianes y la de Beniarrés—, el almendro, el cerezo —único cultivo comarcal con denominación de origen y único frutal aún en expansión—, así como otros frutales y aprovechamientos —como las plantas aromáticas, las formas de producción ecológica e integrada, las granjas, la apicultura o los invernaderos de flores—. Se evita también, de esta manera, la estandarizada sacralización resolutoria que en otras comarcas se ha querido otorgar al turismo como «actividad-panacea» alternativa a la crisis agraria, que también aquí se analiza, aunque de forma más ponderada y ligado a la agricultura y el medio ambiente. Cierra Enrique Moltó su publicación reafirmando las múltiples *«incógnitas que se plantean en torno al valor de la pluriactividad en el desarrollo rural, a la necesaria transformación de la ATP clásica en formas más dinámicas de pluriactividad*

y, sobre todo, a la indispensable adaptación de cada tipo de política de desarrollo rural a cada medio concreto».

En suma, y a pesar de algunas consideraciones formales que habrían de corregirse (falta un índice final de cuadros e igualmente otro de mapas, por ejemplo), es ésta una publicación que demuestra una trayectoria y una línea de investigación ya paulatinamente consolidadas en el quehacer científico de su autor, que se apoya en los resultados que, él solo y también colaboración, ha ido obteniendo sobre este particular en su curriculum profesional hasta el momento y que de forma certera diseña un espacio singular dentro de las líneas de trabajo de la geografía alicantina y de la Comunidad Valenciana (las áreas de montaña), más alejada de terrenos más trillados y estandarizados, y en el que Enrique Moltó se mueve con brillantez metodológica, madurez científica, esfuerzo vivencial y directo, así como con buen hacer investigador.

Juan Ignacio Plaza Gutiérrez
 Universidad de Salamanca

RAMIRO I ROCA, E. (2002): *Aproximació a l'Escola Valenciana de Geografia*. Ed. Biblioteca Nueva. Universitat de València. València. 260 p.

UNA REFLEXIÓN EN TORNO A LOS ORÍGENES DE LA GEOGRAFÍA EN TIERRAS VALENCIANAS

Pocas disciplinas, únicamente las históricas y aquellas que mantienen un brillante recorrido científico, tienen la posibilidad de hablar de sus maestros y de las escuelas que las vieron nacer, en su concepción moderna, hace más de medio siglo. El presente libro de Enric Ramiro, que tiene su origen en su tesis doctoral (1998), pretende reflexionar sobre la institucionalización de la geografía en el País Valenciano y la existencia o no de una Escuela de Geografía como colectivo bajo el cual se asientan los cimientos de la actual comunidad científica de geógrafos valencianos. El estudio, como indica su propio título, pretende ser una «aproximación» y no un esclarecimiento sobre la existencia de una escuela como tal, en realidad una afirmación demasiado subjetiva, como veremos, como para convertirse en certeza. Y lo hace a través de una serie de jugosas entrevistas a algunos de los principales geógrafos que pueden considerarse partícipes directos de la formación de dicho colectivo, tanto de la primera (V. M. Rosselló, A. Gil Olcina, E. Burriel) como de posteriores generaciones (V. Gozávez, J.F. Mateu, J. Romero, J.M. Bernabé, J. Quereda o J.F. Vera, entre otros) nacidas bajo el magisterio, directo o indirecto, de Antonio López Gómez, igualmente entrevistado.

Por tanto, la primera aportación de este libro reside en la presentación de elementos para la reflexión sobre la existencia o no de una escuela como tal. En este sentido, se ha de partir de la presencia de unos factores determinados que la distinguan del resto de las geografías del Estado y de la conformación de una comunidad de científicos que sean conscientes de

constituir un grupo diferenciado, con orígenes comunes y líneas de investigación propias, es decir, con una tradición mínima y cierta estabilidad en el tiempo. En este caso, para el conjunto de entrevistados no cabe duda de que existió una escuela como tal en origen, puesta en marcha por Antonio López Gómez tras su solitaria llegada a la Universidad de Valencia en 1956. Tras la breve estancia como catedrático de Luis García Sainz (1941), la presencia de López Gómez, uno de los más brillantes discípulos de Manuel de Terán, constituye el punto de partida de la Geografía en tierras valencianas. Como en casi todas las nuevas cátedras que se crearon en España, tal y como comenta el propio profesor, se vio obligado a comenzar de cero, con una geografía descriptiva y memorística que era absoluta subsidiaria de la Historia, disciplina que, por otra parte, vivía en Valencia su época de esplendor con la presencia de Joan Reglá o José María Jover, entre otros. Pero la decidida actuación de López Gómez le llevó a crear, a los pocos meses de su llegada, el Seminario de Geografía y en el curso siguiente aparecieron ya los primeros licenciados en historia con tesis geográfica. De esta manera, progresivamente, se fue conformando un grupo definido de profesorado: primero llegó Rosselló, que con su doctorado —la suya fue la primera tesis geográfica de la Universidad de Valencia— permitió la configuración del Departamento de Geografía, para dar paso después a Gil Olcina, Pérez Puchal o Burriel, y multitud de discípulos que continuaron la labor geográfica en la Universidad de Valencia —posteriormente en otras españolas junto con las de Alicante y Castellón— y un buen número de institutos de enseñanza media. López Gómez estuvo en Valencia 13 años, durante los cuales uno de sus objetivos principales fue investigar sobre las tierras valencianas, prácticamente vírgenes de un análisis geográfico, a partir del paradigma regional francés. He aquí una de las claves destacadas por Ramiro: la presencia de un planteamiento metodológico indiscutible, y la elaboración de tesis y tesis doctorales que pretendían completar el mosaico territorial, tal y como hizo Terán con sus discípulos, fruto de una coyuntura diferente y fácilmente comprensible en Valencia, *terra incognita* —como le gusta decir a Rosselló—, desde un punto de vista geográfico.

El trabajo se centra, por consiguiente, en los rasgos y diferencias de la comunidad de geógrafos en torno a su departamento específico en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Valencia, desentrañando si se trata de un grupo diferenciado y hasta que punto, o si simplemente estamos ante un colectivo docente ubicado en tierras valencianas. De lo que no cabe duda es de que existió una cohesión temática y metodológica en torno al magisterio de López Gómez y una formación conjunta que marcó un encadenamiento de ideas, unido todo ello a las diferencias lógicas y enriquecedoras de una comunidad científica consolidada. La perspectiva temporal de este fenómeno permite establecer los rasgos que dieron continuidad y consistencia a los diferentes profesores de la Escuela Valenciana de Geografía, como esa metodología inicial basada en el modelo regional francés, junto con una formación geográfica insuficiente que hubo de ser suplida con la dedicación y el interés personal por esta disciplina y mediante la labor desarrollada por los propios López Gómez, Rosselló o Gil Olcina; el peso de la Geografía Física —la climatología acaparaba un especial interés en las clases de López Gómez, así como también la geomorfología o la hidrología—; la importancia concedida a las salidas de campo, influencia de las enseñanzas de Terán y, por ende, de la Institución Libre de Enseñanza; y el peso del conocimiento histórico en su formación, fruto de los planes de estudio e incluso de la vocación inicial de muchos geógrafos, pero también de la figura de Terán, que supo contagiar a sus discípulos la importancia

de primer orden que había de concederse al método diacrónico y a la preocupación por el tratamiento evolutivo de las formas, tan patente en los trabajos realizados en el seno de la geografía valenciana, desde la física a la urbana.

Esta homogeneidad metodológica, la presencia de un enfoque compartido y, en definitiva, de un origen común, permite hablar de la existencia de una verdadera Escuela, reconocida a nivel nacional, de la que, sin embargo, hay que dudar de su continuidad hasta nuestros días. Actualmente, el aumento y la diversidad de nuevas líneas de trabajo, otro de los rasgos característicos de la E.V.G., imposibilita hablar de un grupo homogéneo o suficientemente coordinado. El importante crecimiento numérico del profesorado que imparte Geografía entre las décadas de los años 70 y 80 ha incidido en una diversificación de los campos de trabajo y en una mayor especialización. En la década de 1980, con la primera promoción de licenciados en la especialidad de Geografía (1978-1979), se disparó el número de trabajos de investigación y comenzó a configurarse un corpus académico que rompe con los orígenes de la Escuela inicial. Existen, con todo, unas raíces comunes que no han de olvidarse y sobre las que interesa profundizar, de ahí que el libro de Enric Ramiro se trate de un buen trabajo que invita a la reflexión y a conocer los orígenes de nuestra disciplina en tierras valencianas. Se echan en falta, sin embargo, las opiniones de otros muchos Geógrafos, discípulos de la primera generación de profesores creada por López Gómez y cuya formación se realizó en otras tierras distintas a la valenciana. De la figura de Antonio López Gómez, bien tratada en cuanto a formación y labor realizada en Valencia se refiere, se obvia en el libro su trayectoria profesional una vez se instala en Madrid, donde continúa con la línea científica consolidada en el período valenciano. En este mismo sentido, sería necesario incidir más en el magisterio ejercido por el primer grupo de discípulos, especialmente Rosselló, Gil Olcina o Burriel, que crearon a su vez sólidos grupos de profesores en sus estancias en Murcia, Canarias o en la propia Universidad Autónoma de Madrid, desde donde, a su vez, partieron nuevas generaciones de profesores que encabezan hoy departamentos de Geografía en las universidades de Sevilla, Córdoba, Murcia, La Laguna, Autónoma de Madrid, y las tres universidades valencianas, entre otras. En realidad, todas ellas son aportaciones fundamentales de la Escuela Valenciana a la geografía española y, tratadas con mayor profundidad, verificarían la influencia y el peso de ésta sobre el conjunto de nuestra disciplina.

No obstante, una gran virtud que hay que reconocerle a este estudio es que no se queda en la mera narración de la historia común que comienza con la propia institucionalización de la Geografía, sino que, a través de las entrevistas realizadas, se analizan las diferentes posiciones de los profesores implicados en torno a cuestiones de gran actualidad, aportando numerosos elementos para el debate de posibles soluciones a muchos aspectos que atañen a la geografía actual. Se reflexiona así sobre temas tan dispares como el de la aplicabilidad de nuestra ciencia, el papel de la A.G.E., el de la Real Sociedad Geográfica, o el concepto de región y las diversas posiciones ante otros modelos metodológicos. Igualmente reviste especial interés la preocupación por la unidad de la Geografía, cuestión estrechamente vinculada a la polémica entre generalismo y especialización, y la necesidad de una formación común como base de las operaciones de síntesis e interrelación características del análisis geográfico y que esencialmente nos diferencia de otros científicos. En este sentido se plantea, a partir de la reflexión del profesor Romero, argumentos indirectamente relacionados con el reciente proyecto de creación de un grado de Geografía, a partir del cual cabría la posibilidad

de alcanzar una especialización posterior. Y se sientan, además, las bases de otro problema fundamental: la falta de comunicación entre universidad y educación secundaria, patente, por ejemplo, en la determinación del currículum escolar, donde los contenidos de Geografía física se insertan en ciencias naturales y donde prevalece una Geografía regional clásica de países subdesarrollados y desarrollados que, en ocasiones, se reduce a una suma de geofactores tradicionales de la región. Éste es uno de los problemas más serios de nuestra disciplina, con una falta clarísima de unidad de la ciencia en el enseñanza media, lo que supone una visión sesgada de la Geografía para el hipotético alumno de la licenciatura.

Igualmente, a lo largo del estudio se muestra la preocupación compartida por mantener, e incluso identificar, el núcleo disciplinario de la Geografía. A este respecto son muy interesantes las reflexiones de Mateu Bellés cuando considera que se están difuminando los «núcleos disciplinarios duros» de nuestra ciencia —un debate tal vez inmovilista y poco útil— y se está apostando actualmente por entrar en los «núcleos frontera», debido a que la sociedad demanda soluciones que difícilmente pueden darse desde una única disciplina. Tal y como indica este profesor valenciano, la Geografía, por su propia naturaleza, se encuentra a gusto en los dominios de frontera con otras ciencias, y eso es una apertura beneficiosa y necesaria, aunque sin perder nunca los referentes que, como la Escuela Valenciana de Geografía, han sentado las bases de la investigación geográfica actual.

De la lectura del libro de Ramiro y de las entrevistas realizadas allí, se deduce finalmente que la E.V.G. existió en un primer momento, cuando un reducido núcleo de iniciados compartió un claro magisterio, una temática y unas características comunes. Esta es una opinión que, en general, parte del propio convencimiento de los que la vivieron y alimentaron durante varias décadas. Pero los sucesos anteriormente descritos produjeron una polarización creciente que supuso, en última instancia, que la continuación de una tendencia común marcada por la figura de Antonio López Gómez se disgregara como consecuencia del propio crecimiento de la disciplina, sin mantener una concepción que agrupara y diferenciara suficientemente a los geógrafos valencianos de otros grupos, es decir, que sostuviera hasta nuestros días una escuela con personalidad propia en el seno de la Geografía española.

Pablo Giménez Font
Universidad de Alicante

